

## CAPÍTULO I

### CONSIDERACIONES INICIALES

Descubrí por comparación que la verdad era más interesante y hermosa que la ficción. Me desvié de ésta y decidí evitar toda invención e imaginación en mi trabajo y sujetarme a los hechos.

L. VON RANKE

#### *Historia, cultura e identidad*

Nos aproximamos a la historia de unos acontecimientos, que provocaron el fin de la cultura moderna. Y al mismo tiempo, como retazos de un liberalismo agonizante, que diría el historiador, aquellos hicieron surgir, en la vida de la sociedad de la vieja Europa, ciertas figuras de relieve capaces de descubrir un nuevo diseño de unión del viejo Continente; eran figuras que tenían presente los orígenes de su cultura y, a diario, gustaban la savia de las raíces de las que brotó el árbol de Europa, dando forma a la *europiedad*.

Hoy sigue siendo necesario rescatar ese modo de ser europeo, porque así lo exige la necesaria unidad de sus pueblos.

Para cualquier amante de la ciencia y de las letras, la historia es un instrumento de trabajo ciertamente útil; se podría decir imprescindible para desarrollar cualquier tarea intelectual, investigadora o docente y, asimismo, enriquecedora, en otros ámbitos

de la vida social e individual. La historia es, probablemente, el testigo más importante del quehacer del hombre a lo largo del tiempo; es la informadora de la humana sabiduría, que se va acumulando en el *ser persona*, dando sonido a las llamadas de la humanidad. Este es un aprendizaje muy necesario, para ser capaces de asumir errores y aciertos a lo largo de la trayectoria vital; de ese modo, se va descubriendo un nuevo saber, y, a través de la acumulación de conocimiento, la persona se va convirtiendo en el hombre eterno de Pascal.<sup>1</sup>

La historia nos lleva a comprender el mundo pretérito, en el que se asientan las raíces del hombre, las raíces de nuestro *ser*, de nuestra *identidad*: nos familiariza con acontecimientos acaecidos en el pasado y, a la vez, nos empuja a descubrir, en aquellos hechos ocurridos en el tiempo, relaciones varias, cuyas incidencias pueden alcanzar realidades de nuestra época.

La personalidad de los pueblos procede, no sólo de sus normales o intensas vivencias actuales, también de aquellas, más o menos próximas o remotas, vividas por los antepasados, que se han ido introduciendo en la entraña de la sociedad, dando lugar a la *identidad* de las gentes. La identidad se conforma a través de la *cultura*, que alimenta el conocimiento de la *sociedad*; y ésta, sin aquella, viviría a la deriva al ignorar su voz en la memoria de los tiempos. Hasta tal punto es importante el conocimiento de la propia *cultura* e *identidad*, que, cuando una *sociedad* se examina a sí misma y escucha su voz en la historia, no puede cambiar su espíritu sin sufrir trauma, ni puede negar la voz que la reconoce o la identifica. Porque, como señala Luís Suárez, «la cultura no es otra cosa que un modo de plantearse colectivamente el sentido de la existencia personal».

---

<sup>1</sup> Piettre, André (1962): *Las Tres edades de la economía*, Ed. Rialp, Madrid, p. 14. Cita del Fragmento de «Un Tratado sobre el vacío», Ed. Brunschvig, Hachette, p. 30.

El propio *ser* de una sociedad depende de sus modos de vivir, de enfocar esa vida y la manera de contemplarla; procede de sus costumbres, de su cultura, de su herencia histórica, que le lleva a descubrir y valorar al propio *yo*, y al *otro*, que es distinto del *yo*; que no es una simple realidad social, sino una persona necesaria, ante la cual, *yo*, puedo diferenciarme, ser *yo* misma.

«Para que pueda existir el “yo”, necesariamente tiene que existir el “otro”;<sup>2</sup> porque si no existe el “otro”, no hay un “yo” distinto».

De ahí la tendencia del ser humano a buscar el reconocimiento de su propio *ser*; tendencia, que se manifiesta en las diversas colectividades: pueblos, naciones, continentes; y se pone especialmente de relieve, cuando se va forjando la senda del desarrollo de los distintas pueblos; son manifestaciones de su legado histórico, de sus raíces como comunidad y como cultura.

### *Orígenes seculares*

Sobre las viejas raíces de Europa se asientan culturas diferentes: Grecia, Roma y el pueblo judío, indudablemente están presentes.

Con la savia de la trascendencia, la dinámica del pueblo judío estructuró prácticamente la cultura de Occidente; y el universo de la Biblia se convierte en la matriz de toda la representación de la historia y la sociedad de las culturas de inspiración cristiana.<sup>3</sup>

La cultura de Europa, constituida por una historia común, recoge el conocimiento de la existencia de sus individuos, y el modo de ser de sus pueblos. Y como le es propio a la humanidad, *ésta transmite la memoria del saber, que se perpetúa de generación en*

---

<sup>2</sup> Weiler, J.H.H. (1996): «Europa fin de siglo», *Cuadernos y Debates*, n.º 59, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.

<sup>3</sup> Lustiger, J.-M. (2003): *La Promesa*, Ediciones Cristiandad, Madrid, p. 244.

generación,<sup>4</sup> dando lugar a la *uropeidad*. Esa especial identidad de los pueblos, donde el cristianismo se hizo y hace cultura.

La europeidad es un concepto cultural, cuya diferenciación y determinación, con respecto a otras zonas del mundo, hay que verla en el conjunto de las notas, que le son propias, haciendo de Europa un continente distinto.<sup>5</sup> Los elementos propios y esenciales de la cultura europea, recibieron, en efecto, vida y alimento de las raíces griegas, romanas y judeo-cristianas; pero, la afirmación de la conciencia común, **de ser Europa**, se dio con las conquistas de Carlomagno (768 - 814 d.C.);<sup>6</sup> que consiguió unir en una sola Monarquía todos los pueblos cristianos, latinos y germánicos con excepción de Inglaterra y Asturias, pero también éstos le reconocieron como superior.<sup>7</sup> Cuando desaparece Carlomagno la conciencia de Europa comienza a oscurecerse, yendo hacia su eclipse medieval, aunque permanece la realidad europea, cuya convivencia segrega costumbres, usos, lengua, derecho, etc.

Ante la amenaza turca, la idea de Europa vuelve a despertar con la cristiandad. La idea de ser distinto renace, y la lucha por la supervivencia lleva a los pueblos europeos a buscar otra vez la unidad, descubriendo de nuevo su identidad.

### *Característica democrática*

La búsqueda de la unidad de Europa es un fenómeno secular. Múltiples y diferentes intentos de unidad se dieron en su seno,

---

<sup>4</sup> Lustiger, J.-M. (1996): *Haceos dignos de la Condición Humana*, Ediciones Palabra, Madrid, p. 117.

<sup>5</sup> Rodríguez Carrajo, M. (1996): *Política Educativa de la Unión Europea*, Ed. Universidad Pontificia de Salamanca.

<sup>6</sup> De Rougemont, D. (1963): «Tres milenios de Europa», *Revista de Occidente*, p. 57.

<sup>7</sup> Suárez, L. (1986): *Raíces cristianas de Europa*, Ediciones Palabra, Madrid, p. 58.

a lo largo del tiempo. Pero la idea democrática de unión europea surge en el siglo XX, en el período de entreguerras. Pero hubo que esperar hasta después de la II Guerra Mundial, para ir redescubriendo posibilidades de desarrollo, de aquellos ideales.

Antiguos intentos de unidad en el continente europeo no se habían alimentado, precisamente, de la idea de democracia. Con frecuencia, la diversidad de lenguas y ciertas diferencias en las culturas locales, religiones y estructuras político-económicas, constituían grandes obstáculos, que separaban a los pueblos de manera profunda. La historia de la vieja Europa recoge un pasado muy complejo: de riqueza y gloria, en efecto, pero también de luchas y antagonismos radicales; relaciones de dominio y hegemonía; tristes conflictos, que escandalizaron al mundo entero. Algunos, todavía muy cercanos en el tiempo, forman parte de nuestra actual memoria. Lo que debe empujar a reflexionar seriamente en los errores cometidos, en el alcance de sus consecuencias, y en la necesidad de reconversión del espíritu de Europa: *el alma de Europa*.

Pero curar, cicatrizar y superar profundas heridas, sólo se podía conseguir a través del bálsamo de la verdadera unidad; que requería un espíritu cristiano de concordia, y la proyección de ideales de paz. A su vez, urgía cierto grado de prosperidad y sentido de solidaridad, con un trato en pie de igualdad, entre los países europeos. Así se iniciaría la reconstrucción del espíritu de Europa, que se presentaba como una necesidad incuestionable.

Las palabras de Schuman son alentadoras:

Nuestro objetivo ha de ser establecer una comunidad espiritual entre los hombres y entre las naciones. Eso significa, primero, que hay que conocerse y comprenderse; y, segundo, buscar en todo lo que se dice y escribe los factores que unen, en vez de subrayar sistemáticamente los que oponen. (...). Y los que tienen la felicidad de poder contribuir a ello con espíritu de fraternidad, basado en una concepción cristiana de la libertad y de la dignidad,

---

se contarán entre los mejores artesanos de una Europa renovada y unida de esta forma.<sup>8</sup>

Ha pasado más de medio siglo desde que Monnet, Schuman, Adenauer y De Gásperi intuyeran la necesidad apremiante de unir los pueblos de la vieja Europa; era una idea de unión enriquecida con la semilla democrática; un renovado concepto de unidad, que debía llevar a las gentes a olvidar, voluntariamente, lo que hasta entonces les había separado. Un nuevo camino de convivencia se presentaba ante los europeos, que podía llevarles a redescubrir lo que a todos resultaba querido y familiar: valores comunes, que les identifica como hijos de la vieja Europa.

El resurgimiento del viejo Continente resultaba pues de vital importancia, no sólo para sus propias gentes, sino también, para el mundo entero. Así lo vieron muchos intelectuales, profesionales y hombres de Estado que, convencidos de ello, iban a procurar que la unión de la vieja Europa fuese una realidad.

Es la responsabilidad moral que tenemos con nuestros pueblos, no la responsabilidad técnica, la que debemos ejercer para realizar esta gran empresa.<sup>9</sup>

Si los que han seguido a *Robert Schuman*, en esta especial tarea de la integración europea, no pierden de vista el espíritu pionero, Europa alcanzará, sin duda, la meta soñada de su unidad; y sus beneficios se extenderán al resto del mundo.

---

<sup>8</sup> Schuman, R. (1953): *Les bases indispensable d'une Communauté européenne*, conferencia pronunciada ante PAX Romana, Friburgo. Fondo Schuman, Archivos de la Fundación Jean Monnet, Lausana.

<sup>9</sup> Monnet, J. (1985): *Memorias*, Ed. Siglo XXI, Madrid, p. 204.